

Más allá del miedo urbano de la mujer joven. Prácticas de resignificación espacial y supervivencia a la violencia en la ciudad de Zaragoza

*Beyond urban fear of the young woman. Practices of spatial resignification
and survival to violence in the city of Zaragoza*

Lionel S. DELGADO

Universitat de Barcelona, España

lionel.s.delgado@gmail.com

Jesús C. AGUERRI

Universidad de Zaragoza, España

jcarrerasaguerrri@gmail.com

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.15: a1502]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2017 || Fecha de aceptación: 13 de abril de 2018

RESUMEN: En los últimos años el acoso callejero ha sido reconocido como un problema fundamental en nuestras sociedades: campañas internacionales, preocupación política y movimientos sociales dan cuenta de ello. En el presente artículo nos introduciremos en la dimensión subjetiva de este fenómeno para profundizar en las consecuencias que el acoso callejero, y el miedo que genera, provocan en la forma en la que las mujeres perciben el espacio urbano. Para ello se han realizado veintiuna entrevistas en profundidad semiestructuradas a mujeres jóvenes de la ciudad de Zaragoza. Los resultados nos muestran una vivencia compleja y adaptativa del miedo urbano que, por un lado, no se basa únicamente en casos experimentados en primera persona y, por otro lado, se entremezcla con prácticas de adaptación y respuesta de diversa índole. Estos elementos resultan importantes para un correcto análisis del fenómeno así como para el desarrollo de respuesta eficaces.

Palabras clave: violencia de género, acoso callejero, miedo urbano, violencia simbólica

ABSTRACT: In recent years, the street harassment has been acknowledged as one of most important problems in our societies: international campaigns, policy decisions and social movements have worked on this issue. In this article, we propose to go into the subjective dimension of this phenomenon. We will try to delve into the street harassment consequences, and into this phenomenon influence on how woman perceive the urban environment. Twenty-one young woman from the Spanish city of Zaragoza have been interviewed. The interviews are semi-structured and in depth. The results show a complex and adaptive experience of urban fear. This experience isn't based exclusively on the own experience, and it is mixed with adaptation and apposition responses. These elements are important for to do a right analysis of the issue and for to develop effective responses.

Keywords: gender violence, street harassment, urban fear, symbolic violence.

DESTACADOS (HIGHLIGHTS):

- Testimonios de mujeres jóvenes (18-26 años) en distintos barrios de Zaragoza.
- Un catálogo de espacios del miedo y formas de resignificación de ambientes urbanos.
- Se describen diversas estrategias de supervivencia y gestión del riesgo.
- Los grados de normalización de las agresiones y la toma de conciencia de ellas.

1. Introducción

Al proponer el abordaje de las interrelaciones entre individuos y ciudad debe atenderse a las experiencias que las personas tienen en estos entornos urbanos, ya que son éstas las que materializan en una forma de vida la interacción entre un cuerpo con el ambiente físico y simbólico que lo rodea. Esta relación es bidireccional: la ciudad en su totalidad, como flujo inagotable de experiencias y deseos, se configura a su vez desde y por la diversidad de individuos que la componen. Como afirmaba Park (1999: 49), "la ciudad es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana".

Sin embargo, el diseño y articulación de las ciudades se han cristalizado en espacios que pasan por alto la multiplicidad constitutiva del hábitat urbano. Como consecuencia, mujeres, niños, personas mayores, personas sin recurso o sin hogar y un largo etcétera son expulsados de la posibilidad de participar en la construcción de las ciudades. Lewis Mumford ya criticaba en los años cuarenta el hecho de que la ciudad estuviese concebida únicamente desde una única fase de la vida (1945). Posteriormente, autores como Manuel Delgado arremeten contra los planificadores que proyectan una ciudad sin ciudadanos, sin conflicto, apaciguando mediante la teoría la multidimensionalidad y la "inestabilidad que lo social urbano presenta en la práctica" (Delgado, 2007: 39).

No obstante, desde no hace mucho, varias disciplinas han ido desarrollando estudios que articulan perspectivas urbanas y sociales desde miradas otrora silenciadas. Estas aproximaciones, realizadas desde la sociología, la antropología, la geografía o la arquitectura, reconocen que los resultados deben superar los límites de la academia para poner en marcha dinámicas de toma de conciencia y empoderamiento de los grupos excluidos en pos del desarrollo de procesos inclusivos y participativos en el análisis y diseño de los espacios urbanos.

El presente artículo se propone estudiar la intersección de dos de los perfiles que la tradición urbanística ha ignorado: las mujeres y la juventud. Para ello se ha realizado un trabajo de campo de tipo cualitativo en la ciudad de Zaragoza preguntándose por las formas en que se materializa el diferencial de género de la experiencia urbana de las mujeres jóvenes. Para abordar esto, se han realizado veintiuna entrevistas semiestructuradas a mujeres entre 18 y 26 años, de nacionalidad española y diversos niveles de estudio que recogen diversas formas de comprender las experiencias de movilidad, ocio y uso de espacios urbanos en relación con la sensación de inseguridad vivida. Con el propósito de una exposición adecuada de la investigación, el artículo se estructurará a través de tres partes. En primer lugar, se realizará una aproximación teórica que fundamente el estudio de las percepciones subjetivas del espacio y su importancia para los estudios sociales y políticos sobre la ciudad. Acto seguido, se explicitará la

metodología utilizada en la investigación. Finalmente, en tercer lugar, se presentan los resultados obtenidos leídos en relación con los presupuestos teóricos expuestos.

2. La ciudad como realidad percibida

Si bien los estudios sociales y políticos con perspectiva de género han conseguido, a partir de los años noventa, importantes avances y se han logrado asentar como un pilar básico a la hora de comprender las vivencias urbanas (Sandercock y Forsyth, 1992; Coffey, 1995; Greed, 1996; Bridge y Watson, 2000; Ortiz i Guitart, 2007), son infrecuentes aquellos que se dirigen específicamente al estudio de las mujeres jóvenes, siendo éste un colectivo afectado por dinámicas específicas.

Por otra parte, los estudios de juventud están quizás menos asentados en la tradición sociológica debido, entre otras cosas, a que se trata de un colectivo poco y confusamente definido, a caballo entre dos etapas (infancia y etapa adulta). Esto ha hecho que no haya “tenido eco ni en los indicadores demográficos más frecuentes en la tradición del análisis demográfico ni tampoco en los estudios regionales de población” (Vinuesa Angulo, 2000: 683). No obstante, algunos estudios (Pérez Islas, 1998; Feixa, 1999; Reguillo, 2000) abordan este colectivo desde un reconocimiento de sus particularidades. El alto nivel de interacción con las nuevas tecnologías, la gran importancia de los parámetros estéticos en las dinámicas de identificación, la centralidad de exigencias de espacios de ocio, etc., hacen que la juventud constituya “un sector que tiene sus propias rutinas culturales que definen de manera particular su inserción en la sociedad” (Bohórquez-Pereira et al., 2016: 80). Sin embargo, dentro de estos enfoques de la juventud son escasos los trabajos que articulan la juventud con un enfoque de género.

La importancia de la vida nocturna y la presencia de los lugares de ocio en los sectores juveniles suponen elementos que afectan de manera específica a la percepción de inseguridad de las mujeres jóvenes. La vivencia urbana por parte de las mujeres jóvenes está marcada fuertemente por la inseguridad y la sensación de vulnerabilidad: la ciudad se resignifica como un espacio del miedo (Añoover López, 2012).

Si bien en los estudios sobre percepción urbana de la juventud se suelen incluir frecuentemente referencias a la sensación de inseguridad de este grupo, sobre todo los referidos a territorios latinoamericanos (Herrera y Acevedo, 2009), no es frecuente una atención específica al enfoque de género: al miedo general al robo, las drogas y el vandalismo debemos sumar en el caso de las mujeres jóvenes un miedo basado en su diferencial de género: además de temer al robo, tienen miedo a la violación, al abuso sexual y demás agresiones.

La relación de un individuo con el espacio se establece a partir de procesos de percepción y valoración subjetivos que se inscriben en un contexto de reparto de fuerzas que estructuran unas relaciones de poder determinadas (Bourdieu, 1997). Así, no podemos ignorar el contexto de violencia estructural en el que se desarrolla la vida social. Concretamente, el contexto de la percepción de la mujer joven es el de una sociedad patriarcal basada en la desigualdad y la dominación (Bourdieu, [1998] 2016): una estructuración patriarcal del poder que facilita que el hombre desarrolle estrategias, conscientes o inconscientes, que aumenten su “probabilidad de imponer la voluntad en una relación social” (Weber, [1921] 2002: 43). Estas relaciones estructuradas de poder afectan a la posición que la mujer puede adoptar en el mundo y se materializan en filtros de percepción que condicionan la vivencia urbana.

Bourdieu habla de cómo los filtros de percepción suponen la incorporación de las normas y estructuras externas en una serie de *disposiciones* interiorizadas que construyen un *habitus*¹ que mediará en las prácticas y las (auto) representaciones estableciendo una complicada dinámica de *interiorización/exteriorización* de las pautas y disposiciones sociales. Sin embargo, esta incorporación oculta las condiciones históricas de su producción por lo que el filtro perceptivo interiorizado tiende a naturalizarse al integrar la historia y olvidar su carácter de *producto* (Bourdieu, [1980] 2007: 91) aunque no deje de ser resultado de disposiciones prácticas integradas en esquemas de percepción y apreciación.

Para Alicia Lindón, el posicionamiento de la mujer está condicionado por la idea por la cual “el entorno es un mundo desconocido y por lo mismo, es peligroso” (2006: 27). Esta idea, interiorizada a través de una estructura de poder social, marcará las experiencias que la mujer tenga de la ciudad. El *habitus* así configurado garantiza la “presencia activa de las experiencias pasadas” (Bourdieu, [1980] 2007: 88) y, así, sedimenta en la subjetividad femenina una forma de vivir la ciudad a través de las emociones e ideas vividas por su posición en el entorno urbano. La mujer es libre de producir pensamientos, percepciones, expresiones y acciones pero dicha libertad está limitada por las condiciones de su producción (Bourdieu, [1980] 2007: 90).

En resumidas cuentas, el proceso de construcción social de la percepción del mundo tiene un sentido relacional y, por lo tanto, es necesario inscribirlo en las dinámicas generales de poder y desigualdad (Bourdieu y Wacquant, 2005). La violencia estructural, fruto del desigual reparto de poder en el espacio social, se articula con la violencia simbólica para conseguir aquellas la capacidad de “hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo” (Bourdieu, 2000: 71). Mediante la natu-

¹ Entiéndase por *habitus*, los “sistemas de *disposiciones* duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” (Bourdieu, [1980] 2007: 86)

ralización de las relaciones de desigualdad (al imponerse el filtro perceptivo y borrarse las huellas de su producción), la violencia sufrida se *eufemiza*, se vuelve irreconocible (Bourdieu, [1980] 2007: 203) reforzando la propia relación de desigualdad que la origina.

No obstante, ha de evitarse una visión victimista que deje de lado la labor activa del sujeto en los procesos de valoración y significación espacial: el individuo, lejos de ser un mero receptáculo pasivo de relaciones de poder, constituye un factor de diferenciación, apropiación y reinterpretación del entorno (Berguer, 1989) a través de un proceso de interiorización por el cual el sujeto "condensa" (Lindón, 2006: 27) en su biografía el entorno. Una vez interiorizadas las estructuras materiales y simbólicas exteriores, el sujeto tiene un papel activo en el desarrollo y modificación de las mismas. En ese sentido, debe incluirse en el análisis las formas concretas de los individuos, en este caso mujeres jóvenes, a la hora de condensar el entorno socio-cultural en una serie de percepciones subjetivas.

Es necesaria una aproximación a las vivencias de las mujeres evitando cualquier tipo de victimismo. Las mujeres son *agentes* urbanos que, si bien tienen que lidiar con un entorno potencialmente agresivo, esto no las inhabilita como ciudadanas sino que les obliga a adaptarse y a poner en marcha estrategias de supervivencia y resistencia, las cuales están mediadas por los niveles de naturalización de las relaciones de desigualdad así como por los recursos simbólicos y materiales de los que se disponga.

Según Vidal y Pol (2005), es el vínculo afectivo con los lugares lo que determina el apego y lo que permite el desarrollo de dinámicas de apropiación espacial por parte de los individuos. Estos autores proponen un "modelo dual de la apropiación" (2005: 283) por el cual establecen dos vías para la apropiación espacial: la de la acción-transformación y la de la identificación simbólica. La primera, basada en la territorialidad y la acción personal, permite a las personas, grupos y colectivos transformar el espacio dejando en él su "huella" cognitiva y simbólica. La segunda permite que la persona se reconozca en su entorno y éste les devuelva elementos definitorios de su identidad.

Ahora bien, dinámicas como las del miedo urbano en mujeres jóvenes podría afectar al "apego al lugar" de estas personas, comprometiendo su identificación y su capacidad de acción sobre el mismo. Para Añover, esta dinámica de miedo urbano se desarrolla a partir de una "seguridad objetiva" (riesgo real de sufrir alguna agresión) y de una "seguridad subjetiva" (que tiene que ver más bien con la percepción). Esta última se basa tanto en elementos cívicos (deterioro urbano, presencia de personas amenazantes, conductas agresivas, etc.) como en elementos físicos (oscuridad, poca iluminación, escondites, poca visibilidad, etc.) (Añover López, 2012: 30). Rastrear estos

elementos resulta fundamental para las políticas públicas urbanas con el fin de garantizar ciudades más seguras y participativas (Muxí et al., 2011).

Con esto poseemos una base teórica firme para la lectura de los procesos de percepción y uso de los espacios urbanos que se desprendan de las entrevistas. Las experiencias de inseguridad vividas se materializarán en una comprensión espacial que afectará al uso y a la valoración positiva o negativa de los entornos frecuentados. Esta comprensión puede analizarse a través del nivel de conciencia o naturalización que poseen las mujeres sobre las causas de las situaciones que les afectan. Con ello se entenderán mejor las prácticas que las mujeres llevan a cabo para salir al paso de situaciones percibidas como peligrosas.

3. Metodología e hipótesis

La investigación opta por un estudio cualitativo al valorar que este tipo de aproximación consigue indagar más profundamente en los hechos estudiados “en los que los seres humanos se implican e interesan, evalúan y experimentan directamente” (Balcázar Nava, et al., 2006: 23). Al ser adecuada para la investigación experiencial, la aproximación principal se basa en las entrevistas en profundidad semiestructuradas ya que permite abrir las puertas a la vida cotidiana de la persona entrevistada y construye un canal de comunicación donde afloran recuerdos, deseos y creencias².

La selección de las entrevistadas se realiza a través de un “muestreo secuencial conceptualmente construido” (Glaser y Strauss, 1967; Miles y Huberman, 1994), teniendo por objetivo la saturación del discurso (Ibáñez, 1997). En este caso, las entrevistas se realizaron a mujeres de entre 18 y 26 años residentes en la ciudad de Zaragoza, una ciudad española de tamaño medio (661.108 habitantes)³. Los límites convencionales de la etapa de la *juventud* suelen encontrarse entre los 15 y 29 años (Vinuesa Angulo, 2000: 684), correspondiendo el umbral inferior a la entrada en la educación secundaria y la edad mínima legal para incorporarse al mundo laboral y el umbral superior a la edad media de emancipación. En la presente investigación, no obstante, se modifican ambos umbrales. La edad mínima estudiada se cambia por los 18 años, la edad en la que la escuela deja de ser el espacio de encuentro e intercambio cultural para pasar a ocupar ese lugar la ciudad. La plaza, el bar, el lugar de trabajo o la uni-

² Merece apuntar la atención prestada al proceso de entrevistas debido a ser hombres los entrevistadores. En este caso, las relaciones de poder pueden intervenir de manera significativa por lo que el proceso debe ser muy cuidadoso. Se opta por la forma semi-estructurada de la entrevista por ofrecer una libertad considerable para facilitar la expresión emocional. Los silencios o frases sin terminar se entenderán como parte del ritmo que marcaba cada entrevistada. El papel del entrevistador se midió con cuidado, teniendo especial tacto con la comunicación corporal, la actitud positiva y la asertividad para fortalecer el feedback. Sabiendo que la entrevista podía esconder relaciones de poder inconscientes, se intentaron mitigar los efectos optando por la pasividad del entrevistador respecto al entrevistado.

³ Cifras del Padrón municipal a 1 de enero de 2016.

versidad pasan a ser los enclaves de identidad de la juventud. Por otra parte, en lugar de 29 años se opta por los 26 ya que la categorización típica quincenal agrupa un colectivo muy heterogéneo que vive experiencias muy diversas. Se apuesta por reducir la edad superior para garantizar una mejor delimitación experiencial en el estudio. Si, como dice Bourdieu, la homogeneidad de las condiciones de existencia produce una homogeneización objetiva del habitus de un grupo (Bourdieu, [1980] 2007: 95), mantener la unidad experiencial permitirá profundizar en la comprensión de un habitus concreto.

La apuesta por estudiar mujeres de origen español (nacidas en el país) se basa, por una parte, en un intento de controlar las variables que podrían intervenir en el fenómeno estudiado: la tradición de estudios de la interseccionalidad ha demostrado que los ejes de edad, clase y etnia fragmentan la experiencia de las mujeres. Por ello, frente al peligro de mezclar distintos ejes y hacer menos claro el análisis (McCall, 2005: 1787), se opta por controlar las variables de etnia y país de nacimiento en la muestra, aun cuando eso limite la generalización de las conclusiones.

Pretender abordar la universalidad de la experiencia urbana de la mujer joven sobrepasa con creces las necesarias limitaciones de un artículo como el presente, para un estudio de vivencias específicas nos remitimos a otros trabajos según interesen la percepción de mujeres migrantes (Pain, 2001; Van Lieshout y Aarts, 2008; Ehrkamp, 2013; Sime, 2017), la percepción urbana de jóvenes lesbianas (Rodó-de-Zárate, 2015b), de personas *trans* (Doan, 2007), de trabajadoras nocturnas (Ortiz Escalante, 2017) de mujeres en el entorno rural (Panelli, 2005) o de mujeres sin hogar (Casey, et al., 2008).

Por otra parte, la apuesta por mujeres jóvenes españolas intenta rellenar un vacío en la literatura científica al ser escasas las contribuciones centradas en mujeres españolas (Rodó-de-Zárate, 2011). No obstante, siendo conscientes de lo específico del perfil estudiado, las conclusiones no deben leerse como universales, sino como ligadas a unas vivencias específicas como son las de la mujer joven española de una ciudad de tamaño medio. A continuación, en la tabla 1 se detalla la relación de perfiles de las mujeres entrevistadas⁴.

Como se puede observar, el nivel de estudios y el barrio de procedencia permiten una muestra diversa: 12 de las 21 entrevistadas (57,14%) poseen estudios universitarios (8 con los estudios ya acabados) y las 9 restantes tienen un nivel de estudios diverso (Bachillerato, Educación Secundaria o Grado Medio). Asimismo, la diferencia de barrios también permite una variación de la muestra al haberse recogido casos de barrios periféricos (Actur, Barrio Oliver, Parque Goya, La Jota y Oliver) que implican un

⁴ Los nombres elegidos son nombres ficticios usados para garantizar el anonimato.

esfuerzo extra en la movilidad diaria, barrios céntricos (Centro, Universidad, Romareda, Magdalena) con mayor presencia de zonas de ocio y menos problemas de movilidad, y barrios de distancia media (Delicias, San José). Esto permite recoger distintas formas de relacionarse con la ciudad, así como distintas necesidades urbanas.

Tabla 1: Relación de entrevistadas, edad, estudios y barrio

<i>Nombre</i>	<i>Edad</i>	<i>Estudios</i>	<i>Barrio</i>
ANA	25	Universidad (completo)	Delicias - Actur
ALBA	25	Universidad (completo)	Actur
BEATRIZ	24	Universidad (completo)	Universidad
BLANCA	23	Grado medio	Oliver
CRISTINA	25	Bachillerato (completo)	Magdalena - Universidad
CLAUDIA	23	Universidad (completo)	Universidad
DELIA	26	Universidad (completo)	Romareda - San José
ELISA	22	Educación Secundaria	Universidad
FLOR	21	Universidad	Universidad
GEMMA	18	Escuela de Artes	Magdalena - Actur
ISABEL	21	Educación Secundaria (completo)	Romareda
JOANA	20	Educación Secundaria (completo)	Parque Goya
LARA	23	Universidad (completo)	Romareda
MARTA	24	Bachillerato (completo)	Oliver - Miralbueno
NEREA	26	Universidad (completo)	Universidad
OLGA	21	Universidad	Universidad
PAULA	24	Universidad (completo)	Centro
ROCÍO	22	Educación Secundaria (completo)	Romareda
SANDRA	19	Bachillerato (completo)	La Jota
TERESA	23	Universidad	San José
VERÓNICA	20	Universidad	Delicias

Fuente: Elaboración propia.

La pregunta de investigación ha sido *¿cómo se materializa el diferencial de género de la experiencia urbana de las mujeres jóvenes en una ciudad como Zaragoza?*, la cual se concreta en tres objetivos de investigación: a) Caracterizar el tipo potencial de mujeres afectadas; b) Describir experiencias vividas y las formas que éstas intervienen en la conceptualización del espacio urbano; y c) Conocer criterios a la hora de valorar negativamente espacios urbanos.

Los resultados se estructuran en tres niveles. En primer lugar, el foco se sitúa en los procesos de resignificación espacial y en las características formales de los elementos vividos como peligrosos. Estos sentidos de lugar, adquiridos a través de la experiencia personal y la transmisión cultural, se materializarán en un *catálogo de espacios* resignificados desde la inseguridad.

En segundo lugar, el estudio se centrará en las estrategias adoptadas por las mujeres para gestionar el conflicto vivido. Estas estrategias son puestas en marcha con distintos niveles de conciencia sobre la situación. Finalmente, se estudiarán las dinámicas de interiorización y naturalización de las relaciones de violencia sufridas.

En conjunto, la descripción de los resultados obtenidos aportará elementos fundamentales para indagar en las experiencias urbanas de mujeres jóvenes y poder construir así ciudades más inclusivas. No obstante, los resultados obtenidos deben ser considerados como específicos de la muestra estudiada y en ningún momento deben ser extrapolados sin las medidas adecuadas a la totalidad de la población de mujeres.

4. Resultados

La primera particularidad a la hora de adentrarse en los procesos de percepción y valoración del entorno es que este tipo de procesos no son ni plenamente conscientes ni accesibles a través de preguntas directas. La falta de costumbre de hablar de este tema hace que una pregunta directa hierre en su cometido al desconcertar al interlocutor. En ese sentido, las entrevistas necesitan seguir un ritmo pausado donde se aborden los temas a través de preguntas introductorias e indirectas: infancia, lugares de juego, relación con los vecinos, adolescencia y primeras noches fuera de casa. De esta forma se consigue crear una situación de confianza donde el individuo se encuentra seguro en el papel de experto y se relaja al ver la facilidad de las preguntas. Poco a poco, las preguntas se van dirigiendo hacia las formas en la que la persona entrevistada valora el entorno, las experiencias más significativas en la ciudad, los malos recuerdos, etc. Este tipo de aproximación ha dado buenos resultados en las entrevistas al conseguir establecer un buen clima conversacional, facilitar los testimonios personales y colaborar en la rememoración.

4.1. Resignificación

En relación a los objetivos planteados, a la hora de caracterizar al tipo de entrevistada que establece una valoración negativa de los entornos urbanos en relación a la seguridad y la calidad de los mismos, las entrevistas realizadas arrojaron un dato importante: la totalidad de las mujeres entrevistadas presentaron valoraciones negativas relacionadas con espacios y situaciones similares. Todas han sufrido distintos niveles de agresiones que se ordenan en un gradiente basado en el nivel de violencia vivido. En

el nivel más bajo encontramos agresiones muy sutiles como las miradas lascivas, mencionadas por todas las entrevistadas, mientras que en el nivel más alto están los intentos de violación, relatados por tres de las entrevistadas. Entre estos dos límites nos encontramos con un abanico muy diverso de agresiones:

- piropos y silbidos,
- increpaciones diurnas y nocturnas,
- hombres que les siguen hablando o en silencio,
- persecuciones corriendo,
- seguir hasta la puerta de casa,
- coches que se paran o reducen velocidad por la calle,
- intentos de entrar en el portal,
- tocamientos en la calle, en bares o en transporte público,
- intentos de forzar físicamente de manera persistente.

Si bien en todos los casos ha habido algún nivel de agresión, en muchas de las entrevistas se habla de dos fuentes distintas de inseguridad: la experiencia, propia o de alguna conocida, y la cultura, adquirida a través de la familia o los medios de comunicación. Estas dos fuentes no son excluyentes sino que entran en sinergia reforzando el *habitus* por el cual se desencadenan procesos de percepción en clave de inseguridad y miedo (Bourdieu, [1980] 2007: 29). Así, si bien las agresiones vividas son fundamentales, en los casos donde no se han sufrido muchas agresiones ni muy graves, la sensación de inseguridad se alimenta principalmente de las experiencias de personas conocidas y por la cultura.

Sin embargo, aunque todas sienten inseguridad, varias mujeres entrevistadas hablan sobre la dificultad de hablar de estas cosas con otras mujeres: Flor dice en este sentido que "Yo cuando me pasa algo no lo suelo contar a no ser que sea una cosa más grave [...]. Un comentario por la calle es raro que lo cuentes, porque está como muy normalizado...". La falta de comunicación respecto a estas experiencias hace que se invisibilicen, lo cual refuerza una violencia simbólica que da legitimidad a los contenidos impuestos. Cuanto más se disimulen las relaciones de fuerza que imponen disposiciones que alimentan el filtro de percepción, mayor naturalización de las situaciones de desigualdad.

Respecto a los medios, Olga dice: "No me pasó nada pero siempre ves [esas cosas] en la televisión o en historias de amigas. Desde que salió en la tele lo de las dos chicas que las violaron, a partir de ahí ya empecé a crear miedo". Esto está en sintonía con lo que decía Lara: "El miedo me viene de oír historias, de la tele, de amigas, del miedo que me metía mi madre". Los medios de comunicación y la familia aparecen frecuentemente como transmisores de miedos y refuerzan el sentimiento de inseguri-

dad ya que, como dice Verónica: “Se te van quedando las noticias, y se te van quedando las situaciones. Millones de historias de chicas que las violan en el ascensor. Y esas cosas se te van quedando”. El aprendizaje, fruto tanto de experiencias propias como de enseñanzas del entorno, terminan alimentando un marco desde el que percibir la ciudad como insegura.

Sin embargo, esta inseguridad no es total sino que opera resignificando espacios concretos. Las experiencias propias, las de las personas que las rodean y el imaginario cultural concentran en determinados espacios la sensación de peligro delimitando un catálogo de *espacios del miedo*, con características tanto formales como sociales.

Respecto a la forma, la situación de inseguridad tiende a concentrarse en los ambientes nocturnos. Y dentro de los escenarios nocturnos, hay sitios donde la inseguridad es percibida más agudamente: calles estrechas y con poca iluminación (que incluye excesiva vegetación y/o muchos portales profundos), parques con carencias de luz y calles curvas con poca visibilidad a distancia. Beatriz, en ese sentido, dice “los portales, por ejemplo. No es lo mismo una calle con todo establecimientos que una calle con todo portales [...]. El portal da miedo”. Para Flor, “Si estoy en un sitio donde no puedo ver bien mi entorno, donde me giro y no hay una calle recta que pueda ver despejada, si hay muchas curvas, muchos edificios, o situaciones de este tipo, comienzo a sentirme insegura”.

Respecto a las características sociales y cívicas de los espacios, en las entrevistas aparece frecuentemente la inseguridad sentida en barrios periféricos, descuidados y/o solitarios. Esto supone un problema añadido, ya que no se trata de identificar estructuras urbanas sino realidades sociales: Alba, al hablar del barrio Oliver, dice que es “uno de los barrios más marginales. Hay mucha droga. Hay mucho ladrón, ahí se concentra la escoria de la sociedad machista. La gente sin recursos, joder, no ha recibido una buena educación. Y yo no los culpo, y me da mucha pena, pero es así”. La misma Alba afirma, por el contrario, que se siente segura en “un espacio donde hay mucha gente, hay movimiento, tiene que estar cerca la policía... Un sitio donde haya gente mayor, sobre todo adultos, a los que pueda pedir luego ayuda. Un sitio con movimiento y algún tipo de seguridad”. Aquí, la inseguridad se relaciona inevitablemente con los procesos de estigmatización social y urbana fruto, por una parte, del desconocimiento personal (las entrevistadas que viven en barrios estigmatizados no presentan este miedo) y, por otro lado, del desarrollo de “identidades de barrio” percibidas desde fuera desde ideas de inseguridad y criminalidad.

Cuando se interiorizan los miedos ya no es necesaria la agresión sino la posibilidad de ella para que el estado de alerta aflore: las representaciones imaginarias de los espacios ya no necesitan una realidad representada. Los miedos operan ya por sí solos en su imaginario urbano.

4.2. Respuestas de supervivencia

Si bien las entrevistas constatan la cotidianidad y frecuencia de las agresiones sufridas, hay que evitar caer en una mirada victimizante que vea a las mujeres afectadas como receptáculos pasivos de violencias externas. La mujer sufre las relaciones de poder desiguales, pero, en tanto que agente social, no se ve paralizada sino que modula sus comportamientos según las situaciones vividas. Así, resulta importante prestar atención a las características de estos comportamientos que, analizando los resultados de las entrevistas, pueden agruparse en tres grandes estrategias:

a) *Evasión*

La estrategia más común es la de evadir las situaciones de riesgo, evasión que se aplica, nuevamente, tanto en espacios físicos como en contenidos sociales. Por un lado, la evasión de espacios percibidos como peligrosos es relatada constantemente por las mujeres entrevistadas: evitar calles oscuras, evitar parques, etc. Verónica reconoce en este sentido:

He llegado a dar vueltas larguísimas porque en alguna calle hay una pareja, un hombre y una mujer, o un matrimonio. He llegado a ir a donde la pareja y decirles "oye, que me están siguiendo y estoy pasando un poco de miedo, ¿puedo ir con vosotros?" y volver con ellos.

Cuando la evasión es imposible, sólo queda gestionar el riesgo: la mitad de las entrevistadas han reconocido haber vuelto alguna vez corriendo a casa. Pero el precio pagado por estas prácticas es muchas veces la incomodidad y la "sensación de ridículo" al verse a sí mismas realizando estas acciones. La naturalización de unas relaciones de desigualdad no supone la total insensibilidad ante las mismas: en este caso, recurrir a estrategias de resistencia tan extremas produce una sensación de humillación que puede provocar frustración y a procesos de auto-desvalorización. Verónica, cuando habla de la evasión reconoce "yo muchas veces me siento 'ridícula' dando rodeos por las calles por miedo". Claudia, a su vez, afirma estar "exhausta" de "tener que hacer estas cosas como volver corriendo o tener que pensar por dónde puedo o no puedo ir".

A su vez, varias mujeres reconocen que para evitar confrontaciones meditan sobre la ropa que pueden o no utilizar. Alba dice: "a veces pienso 'con esta ropa, si tengo que volver sola a casa... peligro'". Claudia dice directamente: "Cuando voy por la calle intento caminar a veces como un tipo, (...) intento taparme la cara, quitarme las cosas femeninas y todo eso. Cuando camino por la calle por la noche intento dejar de ser mujer, intento ser como un chico". Este *passing* estratégico, parecido a los relatados por Devor (1987) o Rodó de Zárate (2015b) supone la utilización de la estética como forma de resistencia, esta vez aprovechando que el hombre pasa más desapercibido a la mirada que la mujer en los espacios urbanos. Como afirma Rodó de Zárate, se trata

de “usar las armas del amo”, en palabras de Audre Lorde, aunque se sabe que estas armas no desmantelan la casa del amo y, si bien permiten sobrellevar una sensación de inseguridad, no alteran el orden de violencia estructural.

Por último, cabe destacar la utilización de algunos medios de movilidad como métodos de evasión. Las carencias institucionales en materia de movilidad (horarios limitados entre semana) en una situación de precariedad económica (que dificulta que se tengan “siete u ocho euros para volver en taxi”, como dice Marta) suponen un verdadero problema. En este contexto, la posibilidad de contar con medios alternativos como la bicicleta resulta valiosa: cinco de las entrevistadas reconocen utilizar la bicicleta frecuentemente y cada una afirma que la bicicleta les permite ir más segura evadiendo ciertas amenazas. Para Elisa, “desde que tengo bici ya no me siento tan frágil, siento como que puedo escapar mucho más rápido y a cualquier lado con ella, me siento como más empoderada o algo así”. Nerea reconoce que es porque le permite no ir por la acera, donde suceden las agresiones. Verónica dice, a su vez, que es porque le permite ir más rápido y le da la certeza de que puede escapar del agresor con el que suceda algo. A Cristina y Paula, la bicicleta les facilita los trayectos largos, ya que viven en sitios alejados de las zonas de ocio y de la Universidad. Sin embargo, a Sandra le gustaría poder usarla, pero la excesiva distancia de su casa del resto de sitios le hace imposible andar tanto tiempo y “con tantas cuestas de por medio”. Se ve, por lo tanto, cómo la elección de determinadas estrategias vuelve a estar condicionadas por las circunstancias específicas, en este caso, del espacio urbano.

b) Compañía

Evitar circular por la ciudad en solitario es otra de las estrategias más frecuentes. Esta compañía es tanto física como telemática. Muchas de las entrevistadas reconocen buscar siempre alguien con quien poder volver a casa por la noche. Claudia, en este sentido, habla de un amigo que da rodeos muy largos para poder acompañarla a ella hasta casa y Verónica cuenta que es ella la que da los rodeos largos para poder ir un poco más acompañada. Varias entrevistadas reconocen no volver a casa hasta que vuelve alguno de sus amigos, aunque suponga quedarse mucho más tiempo del que les gustaría.

Flor aprendió este tipo de estrategias de compañía desde pequeña. Vuelve a aparecer en escena la cultura que se interioriza desde la familia: “A ti que te acompañen, a ti que te acompañen’ me ha dicho toda la vida mi madre”. Ana reconoce que este tipo de estrategias también son aprendidas del entorno: “El típico ‘llámame cuando llegues’, ‘No me dejes ir sola a casa’, ‘Te acompaño...’. (...) Muchas veces el que ellos se ofrezcan (...) enaltece ese miedo en ellas porque ‘si él no está igual pasa algo’...”. Estas experiencias, aprendidas a lo largo de la juventud, integran el filtro perceptivo el

cual se forma, como se ve, no sólo por experiencias vividas personalmente, sino también por reglas familiares y pautas en grupos de amigos.

La compañía telemática es también muy frecuente: la mayoría de las mujeres reconocen utilizar el teléfono móvil para hablar por él mientras vuelven a casa o para hablar con alguien por aplicaciones como *WhatsApp*. Ana y Claudia, a su vez, vuelven a casa por la noche con el número de su madre marcado y la gran mayoría reconoce escribir frecuentemente a amigas o amigos cuando han llegado a casa segura.

Evitar la soledad es una estrategia muy común de evasión del miedo urbano. La posibilidad de contar con alguien en el caso de que se dé algún peligro permite a la mujer relajarse, aunque la protección sea más percibida que real. Beatriz dice que prefiere siempre volver por sitios donde haya casas así puede gritar "y que alguien se asome", pero se trata más bien de una cuestión de percepción: Delia, cuando sufrió un intento de violación, gritó en medio de una zona de viviendas pero no salió nadie y, desde entonces, sabe "que al final ese tipo de cosas no sirve de nada, la gente tiene miedo de intervenir". En este sentido, cuando la separación entre espacio público y espacio privado es percibida como rígida, la sensación de inseguridad es mayor mientras que la porosidad por la que el espacio público y el espacio privado se comunican más favorece la seguridad (Rodó-de-Zárate, 2015a).

c) Respuesta

El último de los grupos de estrategias rastreado es el que implica una respuesta activa por parte de la mujer al agresor, ya sea con la palabra o con el acto. También se encuentran dentro de este grupo las estrategias que suponen una disposición a la respuesta o la preparación de la misma.

Respecto a las respuestas de palabra, nos encontramos con mujeres que responden enfrentándose con el agresor: varias de las entrevistadas han reconocido responder activamente a los piropos, comentarios y demás comportamientos percibidos como agresiones. Estas respuestas, como el resto de estrategias, son contextuales y, en este caso, las respuestas de enfrentamiento verbales suelen darse en contextos diurnos. Beatriz, por ejemplo, relata una situación de éstas:

Yo iba a pasar el paso de cebra y había dos tíos que pueden ser tus profesores. De 40 o 50 años y de repente se me acerca uno muchísimo, se me queda así, me mira de arriba abajo y me dice "qué pedazo de mujer" (...). Yo me giro y le miro muy mal y le digo "¿Qué dices?". Y (...) dice "Joder, es que encima se enfadará la tía. Le dices esas cosas y se enfada". Yo me giro y le digo "Espérate. ¿Opino yo algo sobre ti?".

Sin embargo, la misma Beatriz relata que ante alguna situación parecida pero nocturna su reacción fue muy distinta. La noche es un contexto percibido como especialmente significativo en la sensación de inseguridad y las estrategias de las mujeres en-

trevistadas se ven moduladas por ella. La misma mujer cambia de estrategias en distintos entornos apoyando la idea del papel activo de la mujer que, lejos de someterse de manera pasiva a situaciones adversas, modula su comportamiento según una lógica de supervivencia y de "salir a flote", como dice Marta. Esto le lleva a calcular situaciones de peligro, probabilidades de conflicto y valorar si una respuesta es adecuada. Varias mujeres reconocen no responder cuando ven que la situación puede torcerse en su contra. Aunque ese cálculo no siempre es eficaz ya que en situaciones de estrés y cansancio pueden terminar estallando, como Elisa:

Mi respuesta normalmente es ignorar, porque a veces si hablas es peor, pero esta vez no. Estaba yo que no podía más. (...) Esa noche, pues a un gracioso se le ocurre seguirme con el coche para ir a la par, y le dije, "paro que me subo". No paró, claro. Me la jugué bastante, pero me dije "a ver qué quiere este gilipollas".

Aparte de la respuesta verbal, hay respuestas físicas: Olga consiguió soltarse de un intento de violación con golpes y Rocío enfrentó a un hombre que le abordó en la calle a empujones. Si contamos, además, la predisposición a la acción tenemos que incluir a Elisa, que practica *krav magá*, un sistema de defensa personal por el que aprendió que "No hace falta fuerza, hace más falta maña. Saber que te puedes zafar aunque sea un tipo muy fuerte te da más confianza".

Por último, aunque no aprendan artes marciales, muchas mujeres se preparan a su manera para el enfrentamiento: Beatriz afirma llevar siempre una navaja y a veces un spray de pimienta, Lara tiene un llavero con forma de puño americano, Rocío, Ana y Delia dicen volver con las llaves entre los dedos para poder golpear hiriendo al atacante. Como en el caso de la compañía, en este caso no se trata tanto de la posibilidad real de utilizar armas o de golpear efectivamente al atacante, sino de confianza en una misma. Se trata en este caso de estrategias para eliminar la experiencia del miedo, demostrando que en muchos casos se trata más bien de una inseguridad interiorizada y que opera "desde dentro" de la mujer.

Más arriba se comentaba que la violencia simbólica operaba naturalizando unas relaciones de desigualdad y opresión a través de la interiorización de esquemas cognitivos. En la última parte del presente artículo se abordará brevemente este tema, aunque por motivos de extensión se tendrán que posponer para otro momento.

4.2. Interiorización de relaciones de violencia

En esta última parte se intentará medir la forma en la que las entrevistadas son capaces de identificar las relaciones de poder como causas de las experiencias negativas ocurridas en los entornos urbanos. Para ello, se opone la noción de "naturalización" a la de "concienciación", mediante la cual la mujer toma conciencia de la situación de violencia.

Los resultados arrojan un nivel relativamente bajo de naturalización: la mayor parte de las mujeres podían identificar las situaciones de violencia como tal y no las valoraban como normales ni excusan a los agresores. Verónica, en esa línea, dice: "No sé si es relación de poder o querer reírte de una chavalita que anda sola por la calle...". Ne-rea dice por su parte: "Yo sé cómo funcionan: cuando estoy en manada me atrevo porque tengo que demostrar lo macho que soy. Pero cuando estoy solo no me atrevo porque sé que está mal". Alba, a su vez, es más explícita: "no, el tío que me acosa no tiene un problema mental, es un acosador y un machista".

Las entrevistadas que parecen tener un grado más alto de concienciación suelen mencionar el feminismo como una de las claves que les han permitido "tomar conciencia". Cristina dice al respecto: "Yo creo que esto pasa mucho pero que hay muy poca conciencia de esto. Son pocas mujeres las que de verdad estamos empoderadas y conscientes. Más feministas de verdad". Ana dice que con 13 años "aún no conocía el feminismo y no sabía lo que era el machismo", por lo que le "parecía súper normal que un tío me siga detrás". Flor, de la misma forma, dice que el feminismo le hizo entender que "no debería aceptar todas estas cosas que hacen los tíos".

Sin embargo, hay entrevistadas, como Gemma y Marta, que tienen muy naturalizadas las relaciones de violencia y las situaciones de agresión en la calle. Esta naturalización se refleja en dos procesos observados: la *exculpación* de los agresores y la *inculpación* voluntaria. Esto se observa cuando Gemma exculpa a los hombres con los que ha tenido episodios de agresión a través del alcohol: "de fiesta muchas de las cosas que te pasan son como bromas. El alcohol hace que algunos estén mucho más pesados que de normal...". Marta, por su parte, presenta el nivel más alto de naturalización a través de la inculpación de todas las entrevistas: "Si una se echa la culpa a sí misma como que es menos doloroso. Mi cabeza, para que no me duela, me dice que me lo he buscado 'cómo no va a pasar, es normal'. Pero la verdad es que hablando piensas que hay gente que está mal de la cabeza, que estas cosas no me tendrían que haber pasado". Aquí, además de exculpación del agresor a través del argumento de que "no están bien de la cabeza", se presenta una inculpación muy dura: si le sucede algo es que se lo ha buscado. Ella continúa más adelante: "me siento y me sigo sintiendo horrible cada vez que pasa algo. Y encima me siento mal yo, ¿es él o soy yo?". La normalización consigue cuestionarle incluso a nivel de autoestima: "Si todos los días que voy por la calle andando me dicen cosas o me pitan los coches, el día que no te dicen nada igual es porque estoy fea o pasa algo".

El caso de Marta es especialmente interesante, porque esta normalización parece terminar desembocando en una especie de *cinismo* por el cual con cada caso de acoso la sorpresa y la indignación que vemos en otros casos es reemplazada por un simple cálculo de supervivencia:

“No está pasando nada, no está pasando nada”, me digo mil veces cuando me pasa algo en la calle, y dejo que las cosas se solucionen solas. Al final se me suelen arreglar las cosas. Al final la dignidad va detrás de tu vida. Prefiero hacerme la tonta y dejarme tocar antes de que me peguen una paliza o me violen.

Este cinismo operativo no hace desaparecer la conciencia de agresión, pero la normaliza o renuncia a intentar erradicarla y pasa a lidiar *in situ* y de una manera calculadora con la situación. Este cinismo se acerca a la “fatiga de género” descrita por Kelan (2009) por la cual la mujer se encuentra con un dilema en el que, a la vez que reconoce la realidad de la desigualdad de género, debe negar dicha realidad en su caso concreto para no reconocerse como víctima. Esta negación pasa, para Kelan, por eliminar lo estructural de la agresión sufrida, individualizando la experiencia. En el caso de la entrevista de Marta, ella revela que opera con una lógica parecida: aunque se identifiquen las agresiones, desaparece la dimensión política y cultural para ser un caso aislado. Esto es realmente preocupante porque invisibiliza la realidad de desigualdad y culpabiliza a la mujer por la situación violenta. Las políticas urbanas tienen un importante reto en este sentido: romper la naturalidad con la que se viven estas situaciones es fundamental para avanzar en la identificación de situaciones de violencia y en sus posibles soluciones.

5. Conclusiones

El trabajo de campo realizado ha permitido observar cómo la vida urbana de las mujeres jóvenes se encuentra mediada por una percepción de inseguridad, exposición y vulnerabilidad constante. Esta percepción está basada tanto en experiencias de acoso directas como aprendidas a través de personas cercanas o medios de comunicación. La constancia de esta vivencia termina teniendo muchas posibilidades de ser naturalizada. Como concluyó Lara, “No hay ningún truco para poder evitar esto. Es decir, la violencia va a estar ahí siempre... La voy a vivir de una manera u otra...”.

Sin embargo, cabe destacarse que el proceso de vivencia de la inseguridad no es mecánico, ni se da por pura pasividad de la mujer ante el entorno. Se ha visto en las entrevistas que las mujeres no se limitan a vivir el miedo como una fatalidad sino que desarrollan estrategias, conscientes e inconscientes, de resistencia, reinterpretación y confrontación. Ir en bicicleta, vestir discretamente, estar preparada para la confrontación, hablar por teléfono, etc., son varias las estrategias de las que hacen uso para intentar mitigar las experiencias de inseguridad.

Los testimonios recogidos no deben confundirse con una voz universal de la mujer sino que corresponde a las vivencias de un colectivo concreto: la mujer joven de nacionalidad española. Aun así, los elementos recogidos parecen encontrarse en la misma línea que otros estudios antes citados sobre la percepción urbana de la mujer desde otros perfiles distintos.

Estos elementos recogidos resultan muy importantes a la hora de comprender la complejidad y la profundidad del fenómeno del miedo urbano: la *ubicuidad* de la amenaza, con una presencia tanto física (un acosador) como simbólica (un miedo incontrolable pero igualmente real), ayuda en la identificación de retos para las políticas públicas urbanas. No basta con la persecución de los casos de agresión sino que también hay que afrontar una *cultura del miedo* que influye, como se ha visto, en la vivencia de la ciudad. Asimismo, incorporar en los análisis urbanos las distintas estrategias de las mujeres para afrontar o evitar el miedo permite reinterpretar el papel de la mujer como el de un agente que, en muchas de sus acciones, demuestra una plasticidad y una capacidad de respuesta que rompen con la victimización y la imagen de una supuesta *vulnerabilidad natural* de la mujer.

6. Bibliografía

- Añover López, M. 2012. "Los espacios 'del miedo', ciudad y género. Experiencias y percepciones en Zaragoza", *Geographicalia* 61: 25-45.
- Balcázar Nava, P., González-Arratia, N. I., Gurrola Peña, G. M. y Moysén Chimal, A. 2006. *Investigación cualitativa*. Ciudad de México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Berguer, P. L. 1989. *Introducción a la sociología: Una perspectiva humanística*. México: Limusa.
- Bohórquez-Pereira, G., López Rueda, B. A. y Suárez González, A. 2016. "Jóvenes y sus relaciones con los espacios urbanos en una ciudad capital", *Ánfora* 23(40): 75-98.
- Bourdieu, P. [1980] 2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. [1998] 2016. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. 1997. *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. 2000. *Intelectuales, Política y Poder*. Buenos Aires: UBA/Endeba.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bridge, G. y Watson, S. 2000. *City Publics. A companion to the city*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Casey, R., Goudie, R. y Reeve, K. 2008. "Homeless Women in Public Spaces: Strategies of Resistance", *Housing Studies* 23(6): 899-916.
- Coffey, A. 1995. "Dones i urbanisme", *Àrea. Revista de Debats Territorials* 3: 4-22.
- Delgado, M. 2007. "De la ciudad concebida a la ciudad practicada", *Catálogos de Arquitectura* 20: 38-39.
- Devor, H. 1987. "Gender Blending Females. Women and Sometimes Men", *American Behavioral Scientist* 31(1): 12-40.

- Doan, P. L. 2007. "Queers in the American City: Transgendered perceptions of urban space", *Gender, Place and Culture* 14(1): 57-74.
- Ehrkamp, P. 2013. "'I've had it with them!' Younger migrant women's spatial practices of conformity and resistance", *Gender, Place y Culture* 20(1): 19-36.
- Feixa, C. 1999. *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.
- Glaser, B. y Strauss, A. 1967. *The Discovery of Grounded Theory*. Chicago: Aldine.
- Greed, C. 1996. "Promise or progress: women and planning", *Built Environment*, 22(1): 9-21.
- Herrera, M. C. y Acevedo, R. I. 2009. "El derecho a la ciudad desde la perspectiva de jóvenes escolares", *Educación y ciudad*, 16: 91-104.
- Ibañez, J. 1997. *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Kelan, E. K. 2009. "Gender fatigue: The ideological dilemma of gender neutrality and discrimination in organizations", *Canadian Journal of Administrative Sciences* 26(3): 197-210.
- Lindón, A. 2006. "Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial" en *Pensar y habitar la ciudad: Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo* coordinado por P. Ramírez Kuri y M. A. Aguilar Díaz. Barcelona: Anthropos.
- McCall, L. 2005. "The Complexity of Intersectionality", *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 30(3): 1771-1800.
- Miles, M. B. y Huberman, A. M. 1994. *Qualitative Data Analysis: an expanded sourcebook*. Thousand Oaks: Sage.
- Mumford, L. 1945. "La pianificazione per le diverse fasi della vita", *Urbanística* I: 7-11.
- Muxí, Z., Casanovas, R., Ciocchetto, A., Fonseca, M. y Gutiérrez, B. 2011. "¿Qué aporta la perspectiva de género al urbanismo?", *Feminismo/s* 17: 131-153.
- Ortiz Escalante, S. 2017. "The Night Side of the Everyday Life: A Feminist Analysis of Planning the Night", *Kultur-revista interdisciplinaria sobre la cultura de a ciutat* 4(7): 55-77.
- Ortiz i Guitart, A. 2007. "Hacia una ciudad no sexista. Algunas reflexiones a partir de la geografía humana feminista para la planeación del espacio urbano", *Territorios* 16-17: 11-28.
- Pain, R. 2001. "Gender, Race, Age and Fear in the City", *Urban Studies* 38(5-6): 899-913.
- Panelli, R. 2005. "Claiming space and communit: rural women's strategies for living with, and beyond, fear", *Geoforum* 36(4): 495-508.
- Park, R. E. 1999. *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Serval.

Pérez Islas, J. A. 1998. "Memorias y olvidos. Una revisión sobre el vínculo de lo cultural y lo juvenil" en *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* editado por H. Cubides C., M.C. Laverde Toscano y C.E.Valderrama. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central.

Reguillo, R. 2000. *Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Editorial Norma.

Rodó-de-Zárate, M. 2011. "El jovent i els espais públics usbans des de la perspectiva de gènere. Un estat de la qüestió des de la geografia", *Documents D'Anàlisi Geogràfica* 57(1): 147-162.

Rodó-de-Zárate, M. 2015a. "Young lesbians negotiating public space in Manresa: an intersectional approach through places", *Children's Geographies* 13(4): 413-434.

Rodó-de-Zárate, M. 2015b. "El acceso de la juventud al espacio público en Manresa. Una aproximación desde las geografías feministas de la interseccionalidad", *Scripta Nova* XVIII(504).

Sandercock, L. y Forsyth, A. 1992. "A gender agenda: new directions for Planning Theory", *American Planning Association Journal* 58: 49-59.

Sime, D. 2017. "Migrant Children in Cities: The Spatial Constructions of Their Everyday Lives" en *Movement, Mobilities, and Journeys. Geographies of Children and Young People* editado por C. Ni Laoire, A. White y T. Skelton. Singapore: Springer.

Van Lieshout, M. y Aarts, N. 2008. "Outside is where it's at! Youth and immigrants' perspectives on public spaces", *Space and Culture* 4(12): 497-513.

Vidal Moranta, T. y Pol Urrútia, E. 2005. "La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares", *Anuario de Psicología* (36)3: 281-297.

Vinuesa Angulo, J. 2000. "Los jóvenes en la estructura demográfica de la región metropolitana de Madrid", *Estudios Geográficos* 241: 683-715.

Weber, M. [1921] 2002. *Economía y sociedad*. Madrid: FEC-España.